

Ensayo

Se hizo silencio entre las notas tratando de llegar a los 440 hercios, entre miradas perdidas y manos apresuradas a encontrar las páginas llenas de aletargados sonidos a punto de ser despertados. *Allegro non molto por favor* – Levantó ambos brazos en señal de comienzo, sin previo aviso, sin titubear; cierto de que, al menor movimiento de sus manos, al primer sonido de su voz, tendría todas las miradas sobre él, siguiendo cada gesto, cada pulso.

Respiró profundo, y con la mirada fija en su instrumento conformado por veinte personas, comenzó a hacerlo sonar. No logró ni los primeros ocho compases, tuvo que detenerse y comenzar de nuevo. Después de haber dirigido “Las estaciones” por varios años en los festivales barrocos, cada sección de la orquesta parecía tener claro dónde entrar, dónde hacer un piano y dónde un forte; esta ocasión era distinta, algo le hacía sentirse incómodo y extraño, carecía de esa complicidad usual que existía entre él y sus músicos. Si esos dos acordes iniciales no eran bien ejecutados, todo el movimiento estaría incompleto, cojeando; no podía permitirse hacerlo desde el principio, evidenciando que era su vida, la que estaba coja.

Por lo menos deseaba que esto le saliera bien. Había vivido una de las semanas más oscuras de su vida. El adiós, los trámites, la mudanza, la ropa del armario que aún estaba en la cajuela del carro, y encima el concierto, le tenían un poco hartos y distraídos. Su barba descuidada hacía que se le notaran más los años, como si en esos meses se hubiera acelerado el tiempo y de pronto se encontrara diez años más viejo. Eso sí, su camisa estaba impecable, pues si algo hacía bien y hasta disfrutaba mientras escuchaba los conciertos próximos a dirigir, era planchar. Hacía esas anticuadas líneas a los pantalones, y por derecho, se había quedado la plancha, fiel y vieja compañera que le había regalado su madre cuando aún era soltero.

Su mirada, sin embargo, estaba un poco perdida, pero lista para dirigir y aferrada a sentir. “*Da capo por favor*”. Esta ocasión, levantó las manos como la primera vez, pero cerró los ojos y respiró aún más profundo. Agitó los brazos para comenzar, sintió un calor de verano, de ese que te cansa, del que quieres huir y buscar la sombra del árbol más cercano. Vio aquel parque donde sucedió la conversación que cambiaría el resto de su vida. Ella tenía la mirada cansada, determinada y fría, sin el brillo que él vio cuando se conocieron. Él tenía los ojos llenos de resignación, como quien entiende que se tiene que terminar un dolor para darle la bienvenida a otro.

Movía sus brazos a medida que pasaban los compases, como la brisa repentina de aquella tarde de verano que mecía las hojas de los árboles, a ese ritmo, *Allegro non molto*, rápido, pero no tanto. Y así, entre el concierto de las hojas mecidas por la brisa, veía su vida moverse, no había tiempo de quedar estático. Después de esa caminata por el parque la vida se le aceleró, pero no tanto. Se le detuvo, pero no tanto.

Y así, sin darse cuenta, concluyó el ensayo del segundo y tercer movimiento. Con los ojos cerrados y el alma vuelta pedazos, hizo una pausa larga, permitiéndose escuchar el eco del acorde final. Volvió a levantar los brazos, listo para el “*Otoño*”. Respiró una vez más, y dijo en tono sereno: “L’autunno, *Allegro, por favor*”, y volvió a cerrar los ojos.

Angélica Infante
(2020)